

SOBRE UN CONGRESO DE PRENSA

¿Latinismo o hispanoamericanismo?

A las asociaciones de la Prensa de España

ALBERTO Carrera, corresponsal de *El Sol* en Lisboa, anuncia la celebración de un Congreso de Prensa latina en la capital portuguesa. Es la primera noticia que tenemos de semejante asamblea. ¿Están mejor enterados los directores de periódicos españoles? ¿Han sido invitados a esa reunión? ¿Lo han sido las asociaciones de la Prensa de España? ¿O es que la Prensa española no entra en el concepto de latina? No nos sorprendería que se la hubiera excluido en masa. También hubo el año pasado un Congreso de esa clase en Lyon, y no sabemos que estuviera representada la Prensa hispanoamericana, a excepción de la portuguesa. Pero aun el supuesto de que haya sido invitada, no perdería gran cosa con no asistir. Sería un huésped poco deseable.

Y esto no lo decimos por toda la Prensa de Portugal, que guarda, en conjunto, buenas relaciones de compañerismo con la española y sostiene análogos ideales hispánicos—acercamiento e inteligencia de los pueblos de idioma portugués y español, en Europa y América—sino de algún caso aislado que ha hecho plataforma de eso del latinismo para servir a Francia en su política de infiltración cultural y económica en las naciones americanas, y señaladamente en el Brasil. Latinismo quiere decir hoy galicismo o afrancesamiento.

No le reprochamos esta su política a Francia, que quiere lícitamente, como todos los pueblos dominadores, prolongarse más allá de sus fronteras, aunque no siempre sus armas—y esto no nos parece ya tan lícito—sean las de la penetración espiritual, la única verdaderamente pacífica. Francia cultiva intensamente el jardín de sus exportaciones, ideales y materiales, como cultiva su tierra, sus finanzas y sus industrias: técnica del mayor rendimiento con la mínima cantidad. El latinismo es la política de imponer como común a unos cuantos pueblos lo que sólo es de Francia, o de dar con marchamo francés lo que procede de otras naciones llamadas latinas. Sutil política de imperio. El latinismo es la despersonalización de todos los pueblos de lenguas romances, menos el francés, y en su exclusivo provecho. Bien está que esto lo quiera Francia; pero es absurdo que lo quieran los pueblos hispánicos de lengua española y portuguesa. Por eso nos sorprende

que los pretensos congresos de Prensa latina tengan su mayor apoyo, casi único, en Portugal. Aunque bien sabemos que en todos los países hay hombres que por una sonrisa de París son capaces de vender su alma al diablo.

¿Por qué no un Congreso de Prensa hispanoamericana? El hispanoamericanismo ha fracasado hasta ahora como política de estados, abstracciones demasiado perezosas e insensibles para labrar lo por venir. Los estados van detrás de las realidades sociales, rara vez delante, y ya es mucho que no estorben. Ese fué el error del hispanoamericanismo del período que podríamos llamar romántico, de banquete y discurso, de química digestiva y nebulosa sentimental: creer que los gobiernos podían hacer otra cosa que presidir esos congresos internacionales y cerrarlos con una oración invariablemente digna de ponerse a la cabeza de la más exigente antología del lugar común. Luego, hace poco, se pensó en apoyar la acción de su hispanoamericanismo orgánico en sociedades de cultura y beneficencia y en cámaras de comercio. Tampoco esto lleva, por las trazas, buen camino. Tales instituciones andan demasiado divididas por rivalidades personalistas y corporativas para que puedan emprender y rematar la obra de una gran inteligencia hispánica. Además, los españoles de América, por las reacciones naturales del medio en que viven, no siempre propicio socialmente al antiguo conquistador que llega ahora como un intruso dispuesto a la más dura competencia, no parece que son los más aptos psicológicamente para fundar una política hispanoamericanista dedicada a la definición y afianzamiento de valores comunes objetivos. El hispanoamericanismo ha de tomar formas concretas y perdurables, a pesar de muchos españoles y americanos.

Queda la Prensa, que es el exponente más cabal de la vida de los pueblos, el índice de su civilización en todas sus manifestaciones políticas, económicas e intelectuales.

Un Congreso de la Prensa hispanoamericana, incluyendo la de Portugal y Brasil, como partes integrantes e imprescindibles del concepto de hispanismo, reuniría en un haz la mayor suma de orientaciones y anhelos reales e ideales que animan a los países de lenguas lusoespañolas. Hay muchos

problemas relacionados específicamente con la Prensa hispánica que necesitan un estudio común y una resolución colectivamente entusiástica. Uno es la cuestión de los cables y las agencias periodísticas, de que ya se ha tratado reiteradamente en la Prensa española, para evitar que las noticias de Europa y América lleguen recíprocamente falseadas, según los intereses y los cálculos de determinadas potencias de aquende y allende el Atlántico que actualmente rigen y vician las fuentes principales de información. Otro es el tema de la propiedad literaria, cuya presente anarquía tales estragos y abusos ocasiona a la producción intelectual hispánica de esta y la otra orilla atlántica, aunque se crea erróneamente que sólo daña a españoles y portugueses. Otro podría ser el fomento mutuo del libro de idiomas lusoespañoles por medio de secciones bibliográficas metódicamente cultivadas en toda la Prensa hispanoamericana, como ya hacen, con plausible espontaneidad, algunos periódicos de América. La misma publicidad, sostén básico de la Prensa moderna, podría ser, relativamente a la industria y al comercio hispanoamericanos, objeto de una organización sistemática y más eficaz que ahora.

Junto a esos asuntos peculiarmente vinculados a la Prensa, un Congreso de periódicos hispanoamericanos se ocuparía seguramente de problemas que trascienden de la estricta esfera profesional, pero no de su misión de esclarecedores y guías nacionales. Aduanas, armamentos, transportes, comunicaciones postales y telerradiográficas, tratados de comercio y arbitraje, concesiones a compañías extranjeras, intercambios científicos, artísticos y pedagógicos, cuestiones de límites, conflictos de integridad territorial e independencia, acción mancomunada en la Sociedad de Naciones, todo, en fin, cuanto afecta por igual a las relaciones pacíficas, a la prosperidad y prestigio de cada nación y a la común cultura hispánica, tendría en un Congreso de esa naturaleza la solicitud y dilucidación que se merece. Y los acuerdos tomados por la Prensa hispanoamericana y defendidos tenazmente desde sus innumerables columnas serían el cuerpo de doctrina hispanoamericanista más rico y eficaz que se hubiera articulado nunca.

¿No creen D. José Francos Rodríguez, presidente de nuestra Asociación de la Prensa, y todos los presidentes de las asociaciones españolas hermanas, y todos los directores de periódicos, y todos los escritores que, como D. Eugenio d'Ors, tanto se preocupan del aprovechamiento cultural del poder inmenso que representa la Prensa, que el hispanismo está pidiendo una